

Descolonizar el pensamiento: la cooperación al desarrollo desde abajo y desde dentro

Silvia MARTÍNEZ GARCÍA-JIMÉNEZ
Universidad Complutense de Madrid
silviamgj@gmail.com

Heriberto Cairo, José Déniz, Juan Carmelo García, Fernando Harto, Claudio Lobeto, Alfredo Macías y Mario Moreno Melchor (2012) *Cooperación al desarrollo y solidaridad. El caso del Instituto Internacional del Desarrollo (ID)*. Madrid: IEPALA Editorial, 111 pp. ISBN: 978-84-89743-44-1.

Acogida por IEPALA (Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África), esta obra colaborativa reúne a un grupo de teóricos universitarios interesados por reflexionar en torno a una cuestión: la cooperación al desarrollo. La tarea se torna amplia y compleja pero, sin embargo, ineludible, pues la Cooperación al Desarrollo parece haberse vaciado de sentido, de objetivos, de futuro... Este libro nace del gusto por pensar en común y en ese sentido, es resultado del diálogo entre personas cuyo denominador común es la búsqueda de un horizonte de dignidad.

Guiados por el recuerdo de Víctor Maté, a quien identifican como “el alma mater del Instituto Internacional del Desarrollo (ID)” (p. 7), este grupo de pensadores —y amigos— desgranar la cuestión de la cooperación al desarrollo abordándola desde distintos puntos de vista. Con ello nos ofrecen una imagen global, útil para el aprendizaje y el análisis pero, sobre todo, necesaria para abrir una reflexión crítica en clave propositiva en aras de seguir trazando el cambio.

El volumen se estructura en cinco capítulos iniciales, cuyo contenido es más general y buscan situar la cuestión de la cooperación al desarrollo, y dos últimos capítulos, más específicos, que nos aproximan a la experiencia del Instituto Internacional del Desarrollo.

Así los primeros compendian las reflexiones que giran en torno a la naturaleza, los actores y las posibilidades de la cooperación al desarrollo, así como a la responsabilidad que pudiera —e incluso debiera— asumir la disciplina geopolítica al respecto. Y los últimos nos acercan al que fuera el proyecto más fructífero del ID, la revista *Actualidad Latinoamericana*, y a su fundador Víctor Maté a través de su biografía intelectual.

En conjunto es una apuesta evidente por una geopolítica crítica y consciente; crítica con las lógicas y posiciones desde las que produce pensamiento; y consciente de su capacidad para proyectar e impulsar otro discurso.

La cooperación al desarrollo se ha insertado en el complejo entramado de las relaciones internacionales, de ella se ha abusado y sus objetivos se han difuminado. Como proyecto se ha pervertido y en torno a ella se ha creado una imagen publicitaria, que lejos de responder a la necesidad de igualar los polos, patologiza a los países periféricos y los convierte en objeto de proyectos asistencialistas que perpetúan su desigualdad.

De este diagnóstico emerge la incertidumbre, y la pregunta que irremediablemente acecha es si es posible otra cooperación al desarrollo. Contestarla y establecer una pauta a seguir no es la meta de este libro, que pretende dejar hacer. No obstante, para incitar a la reflexión honesta y colectiva es preciso situar las inquietudes. Conviene para ello (re)construir la idea de cooperación al desarrollo, atendiendo a sus significados e implicaciones, fijándose en quiénes la ejecutan y desde dónde, para analizar las causas de su fracaso y sus posibilidades; y éste sí es el propósito de la obra.

Frente a la proliferación de imágenes que equidistan a la Ayuda Humanitaria y la cooperación al desarrollo, Juan Carmelo García en el primer capítulo del libro invita a recuperar la Solidaridad como seña de identidad de la Cooperación al Desarrollo. A través de una revisión histórica, el autor señala que la Solidaridad ha virado de ser una “categoría de «Acción e Identidad»” (p. 9) a una categoría edulcorada de generosidad y caridad. En esa transición han jugado un papel importante determinadas entidades, con sus acciones e intereses, que han “fomentado un voluntariado voluntarista y «solidario» con sus organizaciones» (p. 19). Le sigue José Déniz Espinós que, en el siguiente capítulo, apoyándose en Keith Griffin y John McKay expone sucintamente el recorrido teórico que ha seguido la noción de desarrollo, la cual si por algo se ha caracterizado ha sido por la imprecisión conceptual. Además sitúa el estado de la cuestión en la actualidad aportando las definiciones que del desarrollo hacen el Banco Mundial, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Con todo ello ilustra cómo la noción de desarrollo se ha significado desde los países centrales y su contexto. Y esa línea es la que continúa trabajando Alfredo Macías Vázquez, quien cavila sobre el discurso del desarrollo y en él encuentra la omisión del “Otro”. Nutriéndose de la aportación filosófica de Emmanuel Levinas apunta al papel que juega el lenguaje en la construcción del discurso occidental del desarrollo que totaliza las disidencias y cataliza una subjetividad omnipotente. En esa falta de enunciación de lo diferente se revela el fracaso del desarrollo pero también se descubre la ventana desde la que buscar nuevas formas de conocer lo diferente, así Claudio Lobeto en el cuarto capítulo detiene la mirada en los movimientos populares, actores sociales determinantes en tanto que tienen la capacidad de llamar la atención de las instituciones estatales sobre “producciones simbólicas alternativas y solidarias” (p. 67).

Heriberto Cairo cierra esta serie de capítulos genéricos apostando por una disciplina Geopolítica que se sepa crítica; frente al discurso geopolítico hegemónico no se trata de subvertir las posiciones desde las que se genera una imagen fija del

mundo —lo cual *per se* ni si quiera funcionaría— sino más bien de explorar y transformar las lógicas que hacen que esa sea la única imagen válida y útil para mirar al mundo.

Como se ha señalado anteriormente el libro se cierra con dos capítulos dedicados a la experiencia del Instituto Internacional del Desarrollo (ID). Mario Moreno Melchor presenta el contenido de la revista *Actualidad Latinoamericana*, nacida especialmente de la vocación latinoamericanista de quienes la fundaron, con el objetivo de mostrar la estructura y el tipo de información que caracterizaba al proyecto más conocido del ID. Sin embargo, la tabulación del contenido del “Boletín” de *Actualidad Latinoamericana* que se recoge en este capítulo no logra hacer gala de las informaciones que de los distintos países latinoamericanos se recogieron y divulgaron mensualmente durante casi nueve años.

El último capítulo recorre de la mano de Fernando Harto la biografía intelectual de Víctor Maté, a quién está dedicada esta obra, la cual no pretende ser un homenaje a su figura pero sí busca aunar su legado a los propósitos más generales del libro. Se recoge así el testigo que dejó Víctor Maté, cuyas líneas de investigación abrazaban la cuestión de la cooperación al desarrollo, y en esta obra queda reflejada su impronta: la necesidad de hacer análisis desde una perspectiva crítica.

La idea que subyace a esta (re)construcción de la cooperación al desarrollo no es otra que la de ahondar en la responsabilidad que tiene quien se sabe solidario de reflexionar en la forma que tiene de concebir la propia cooperación al desarrollo.

La noción de desarrollo, a fin de cuentas, se ha organizado epistemológicamente y sostenido social, política y económicamente desde Occidente; por tanto, dicha noción es parte de la imagen del mundo que dibuja una asimetría entre países desarrollados y subdesarrollados. Si nos detenemos en la revisión del concepto que Espinós nos presenta a través de Griffin, observamos que es precisamente esta dicotomía, polarizada desde los países centrales, la que ha enmarcado y llenado de significado la noción de desarrollo históricamente. Por consiguiente, se ha creado “una única objetividad que sólo muestra lo observado mediante la argumentación racional, ocultando, disfrazando, todo aquello que es imposible contener en la totalidad” (p. 47), y en ello estriba el fracaso del desarrollo que es producto de una tensión no resuelta entre diversas subjetividades.

El problema es más agudo pues la noción de desarrollo encuentra su arraigo en el período colonial, lo que se traduce en que si bien la noción de desarrollo responde a la episteme occidental, ha sido asumida por los propios países subdesarrollados que se han “embarcado en la tarea de «des-subdesarrollarse»” (p. 51). Basta de hecho con prestar atención a los planteamientos de la CEPAL en materia de desarrollo para constatar cómo éste aparece estrechamente ligado a la vinculación occidental del mismo; es por eso que desde la CEPAL se apela a “la transformación de las estructuras productivas de la región como tarea primordial” (p. 39) del desarrollo, siendo uno de sus objetivos “mejorar la inserción internacional” (p. 40). Huelga decir que en la primera etapa de la historia del desarrollo identificada por Griffin, el desarrollo busca una de sus fuentes de crecimiento en la creación de

programas para promocionar la industrialización —de “dentro” a “afuera”—. Se ha constituido así el desarrollo como una política de Estado (y de mercado) orientada a la expansión macroeconómica o al equilibrio macroeconómico —según si el ciclo es de auge o recesión— y en sintonía con las pautas que dictan los Estados (y economías) centrales.

Ahora bien, en tanto que política de Estado la cooperación al desarrollo depende de la sensibilidad social a los problemas del subdesarrollo, es preciso detenerse aquí a reflexionar sobre el papel que pudieran jugar los movimientos sociales que “como receptores de demandas sociales [...] productores de valores culturales de demandas y gustos y como generadores de sus propios mensajes” (p. 66) se convierten en un valor a tener en cuenta en la puja por equilibrar las asimetrías entre la objetividad que totaliza y las subjetividades disidentes.

En ese desafío a nuestro poder como objetividad que contiene representaciones geopolíticas y prácticas geopolíticas que circunscriben la forma de leer y escribir las regiones, puede imaginarse y entenderse la “construcción de una Geopolítica crítica de cualquier región del mundo, [...] que tome las prácticas y representaciones espaciales de los movimientos sociales como posibilidad cierta de desafiar el poder geopolítico de los Estados y las representaciones de los intelectuales de Estado” (p. 74). Una geopolítica crítica que, en contraposición a los estudios de área, no transmitirá una representación del mundo típicamente binaria ni estará orientada a objetivos geoestratégicos, como sí lo hacían los estudios de área en su íntima relación con el Estado.

La obra abre más interrogantes de los que cierra, sin embargo ello no comporta un problema desde el momento en el que la apuesta pasa por la reflexión colectiva, desde que la apuesta va al encuentro de una Cooperación al Desarrollo propositiva y analítica. Una cooperación “desde abajo y desde dentro”, por ende de naturaleza solidaria y colectiva, que apunte a un horizonte social y político, insistiendo en las causas estructurales de la desigualdad y dirigida a cambiar el orden “establecido”. “Debemos buscar otra forma de conocer lo diferente, pero esa otra forma de conocer lo diferente tiene también que ver con otra manera de conocernos a nosotros mismos” (p. 56).